

CONFERENCIA XI

EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS. ÚLTIMOS GOBIERNOS PROVINCIALES (1767-1776): El siglo XVIII, y los jesuitas. Expulsión de Portugal, de Francia y de España. Abolición del Instituto.—Obras de los jesuitas en América. Estado de la República guaraní.—Expulsión de los jesuitas del territorio argentino. Decadencia y corrupción de las Misiones. Incuria de Bucareli. Pérdida de fuerza y de población.—Gobierno patriótico de Vertiz. Malvinas. Portugal. Tucumán. Indígenas. Adelantados propósitos de Vertiz. Aplicación de temporalidades. Creación de los Reales estudios. Espíritu de los porteños. Su significación.

I

SEÑORES:

Los pueblos se habían conquistado en el siglo XVIII el libre examen, y una crecida latitud para el derecho de la palabra.—Fué poco creador, sin duda, pero señala el período de vitales destrucciones. El mundo civilizado se emancipó en él, por un arranque vigoroso de la tutela depresiva que ahogaba en la garganta la emisión de la

idea, y el quejido que alivia de la pesadumbre del dolor.

Fué violento en el pensamiento y en la acción, porque era un estallido reaccionario, que levantaba sobre la superficie de la sociedad, todos los intereses y el fanatismo ostentoso de derechos mejor amados que comprendidos. La *Enciclopedia* nació de la violencia del pensamiento, como el *Terror* de la violencia de la acción.

¿Era por ventura necesario para garantizar á las futuras edades y conquistar en beneficio de las contemporáneas la libertad de la razón y de la palabra, desolar las conciencias, barriendo en ellas el principio cristiano, ni empaparlas en el cinismo intelectual de Voltaire? ¿Era tampoco necesario ni pertinente para emancipar el estado llano y desalterar la fatigada sociedad en las fuentes de la soberanía popular, invertir las condiciones primordiales del lazo simpático, mistificar el orden de los fenómenos políticos, y engrosar el estado con las ruinas del individuo, incrustándolo como un pólipa en el *Contrato* semi-latino, semi-platónico de Rousseau? ¿Ni podía, en fin, entrar en armonía racional el progreso, y la libertad, con el estigma lanzado en Dijon, contra el estado de civilización? Si entre la cultura y la moral mediara antagonismo, ¿no sería forzoso convenir en que la razón y el sentimiento humano llevan consigo la destrucción y el caos íntimo de una antítesis sustancial?

El espíritu del siglo XVIII, era invasor. Nació para destruir y no para crear. Por esa razón

cada partido contiene en su programa un símbolo de supresión y de exclusivismo, y tiende constantemente á agredir á sus rivales, levantando unos contra otros, y aliándose los que le fueran más antipáticos, si sobrevenía coyuntura para derribar de su pedestal un enemigo común.

La destrucción de la Compañía de Jesús es un hecho que lo comprueba palmariamente.

Esta orden, «que no tuvo juventud ni vejez», para valerme de la expresión feliz de un historiador ⁽¹⁾, doblemente favorecida en su rápido crecimiento por las circunstancias en que apareció, tanto á causa de la lucha á que estaba destinada, como á causa de la deplorable decadencia del cuerpo que venía á robustecer,—y por el celo, el nervio, las dotes encumbradas que desplegó en el lleno de su múltiple misión, vióse mezclada en los negocios de la política, que desgraciadamente se confundían aún en dosis excesiva, con el problema religioso. Tan peligrosa travesía por medio de los intereses mundanos, no pudo menos de corromper sus tendencias primitivas, reflejo de la más cumplida y elevada generosidad de ánimo.—Siguiéndola en sus ondulaciones de la cabaña al palacio, del desierto salvaje á los populosos centros de civilización, del calabozo del prisionero al trono brillante de los monarcas absolutos; y viéndola además, gradualmente aficionada al poder por el atractivo de la opulen-

(1) César Cantú, *Historia Universal*, Ep. 17, Cap. X.

cia, el prestigio mágico de sus victorias, y la dura tentación, que la azotaba en sus combates contra el protestantismo: escuchando más tarde el grito de sus casuistas, reaccionando temerariamente contra la desesperante severidad de *Port-Royal*: á sus místicos, abriendo el cielo con Ave-Marías arrancadas al mecanismo fisiológico de la palabra; á sus legisladores moralistas, destemplando en Asia el rigor de la disciplina eclesiástica ⁽¹⁾, y profesando en América una tolerancia engañosa, para introducir al salvaje á la religión ⁽²⁾, quien todo esto observe, señores,—tendrá la clave de las sensaciones solidarias de aquel cuerpo admirable, y concebirá sin duda, el asidero y el pretexto de que sus enemigos se valían para abordarla con el hacha en la mano.—Los partidos apasionados de aquel tiempo, percibían solo el mal aspecto de la Compañía. Sus incontestables méritos quedaban entre la sombra.

Tampoco fué franco el siglo XVIII en su guerra contra los jesuitas.

Desde las *Provinciales* hasta el *Judío errante*, se ha batido en brecha á la Compañía, valiéndose de armas siempre distintas y aún contradictorias.

Pero el siglo XVIII era contradictorio consigo mismo, y del fondo de su contradicción hemos de ver salir la luz que nos satisfaga al resolver

(1) Véase la *Historia de la Compañía de Jesús*, por Cretinau-Joly.

(2) Ordenanzas de Misiones. M. S. Biblioteca Pública de Buenos Aires.

este problema; ¿por qué razón los partidos de tendencias más opuestas se ligan en la Europa meridional contra los jesuitas, al paso que las potencias anti-católicas del norte, la Rusia griega, la Inglaterra protestante, la Prusia, gobernada á la sazón por un monarca que ha dejado la fama de ser ateo, se empeñaban en sostenerlos, cuando Clemente XIV, Pontífice católico, promulgaba una bula, *Dominus ac Redemptor meus*, aboliéndola y dispersándolos?

La Compañía de Jesús era un poder. Ved ahí la causa capital de la persecución á que contra ella se entregó cuanto era ó quería ser poder.

Rivalidad con los reyes, rivalidad con los filósofos, rivalidad con los liberales: tal fué su delito, porque era fuerte.

Los reyes la temían por varios modos.—La revolución protestante había esparcido en Europa tendencias localistas, si es lícito decirlo así, en la organización de las iglesias nacionales. Los seis artículos de 1682, sobre las regalías galicanas, eran la traducción práctica, de aquella influencia oculta, que llegó á ganar el alma de Bossuet.—La adhesión especial, ratificada por juramento, que los jesuitas profesaban hacia la Santa Sede, centro de la unidad católica, los presentaba naturalmente como blanco de la ira de aquellos reyes ambiciosos, que eran el estado y no habrían encontrado por demás convertirse también en Iglesia y en Pontificado.

Otra pasión enardecía el alma de los monarcas: el absolutismo.

Los jesuitas habían enseñado doctrinas peligrosas en política, y sus inmensos vínculos con el pueblo, ignorante y pobre, á quien educaban y socorrían, eran un elemento intermedio, que podría coartar la eficacia del despotismo y retemplar la dignidad del súbdito.

No necesitaban los reyes mayores fundamentos que éstos, para odiarlos y perseguirlos.—Pero su fidelidad al papado, que sublevaba la animosidad monárquica, no podía menos de conciliarles á la vez el odio de los filósofos, empeñados en socavar la silla de San Pedro, sentimiento reforzado en su alma por el antagonismo de las escuelas.

Dispersar la Compañía de Jesús equivalía á debilitar los elementos de resistencia del catolicismo, para dominar la opinión, con menores esfuerzos, eliminando de la arena con una maniobra de cobarde tumulto, batalladores vigorosos, que en honor de su ciencia y por su propio orgullo, debieron empeñarse en vencer en guerra leal.

Como los jesuitas, por otra parte, extendían su influencia por todos los matices sociales; los enciclopedistas, los combatían como apegados á la tiranía, al paso que los tiranos como apegados al pueblo; lo cual comprueba suficientemente, que no se adherían á ninguno de ambos rivales, sino que fuertes en sí mismos, caminaban á su destino, á la sombra de su propia bandera, inclinándose hoy del lado de la víctima, mañana del lado del señor, obsesos por el fin, y casi ciegos para penetrar en el espíritu esencial de sus medios.

Así los hemos visto en América, desplegando una perseverancia invencible en servir á los reyes para arrancarles una á una las prerrogativas que los aislaban con los pueblos, sometidos á su gobierno de utopías.—Un día, sin embargo, se equivocaron. El tratado de 1750 los encontró propensos á la rebelión. Cuando retrocedieron, ya era tarde. La crisis que trajo al Río de la Plata la intervención del padre Altamirano, no hizo sino colocarlos en una situación indefinida, y erizada de las más árduas dificultades.

Su indisputada soberanía sobre las vastas regiones, que adoctrinaban de un cabo al otro de los dominios españoles en el Nuevo Mundo, y señaladamente en la República guaraní, no podía ofrecer halago alguno á la ambición absolutista de los tronos.

Su resistencia á las vergonzosas condescendencias del rey, que dejaron estallar, cuando su estrella decaía, fué á caer á los ojos celosos de las cortes como un grito de independencia, ávidamente recogido por Pombal y Aranda, explotado en beneficio de otros intereses por Choiseul y madama de Pompadour.

La conjuración de los Borbones tuvo por auxiliares á los enciclopedistas, sus enemigos.

Y aquella guerra presenta chistosas aberraciones. Los liberales que pretendían arrebatarse de las manos de los reyes la omnipotencia y los rayos olímpicos, combatían arduosamente á los jesuitas, acusados de querer proscribir su despótica soberanía de las colonias oprimidas.

Los liberales, que pretendían destronar la Iglesia católica, por su moral austera, que en el sentir de los novadores, oprimía y perturbaba las conciencias: que clamaban contra su disciplina, y querían destruir el culto, se aliaban á los Borbones y á las cortesanas contra la Compañía de Jesús, acusada de debilitar la moral y de relajar la disciplina.

¿Cómo explicar esta mistificación, á menos de persuadirnos de que los reyes, á la par que los filósofos, tendían á dominar con soberanía intransigente y exclusivista, y por eso guardando cada uno su odio personal, se aliaban para luchar contra un peligro común, contra un poder con cuya presencia se sentían embarazados ambos?

En Rusia, en Inglaterra y en Prusia, los jesuitas predicaban y enseñaban, pero no gobernaban: no eran un obstáculo para nadie, sino un beneficio para todos, y por eso el cismático, el protestante y el ateo, recibían y fomentaban sus misiones y colegios, y hacían esfuerzo por conservar la corporación en sus dominios.—Por lo que respecta á España, que era el pueblo menos ligado de la Europa occidental con el movimiento del siglo, entró en la corriente anti-jesuitica, empujada por Aranda, el único español, que los enciclopedistas reconocían como hermano, y principalmente por el temor que infundía en el ánimo apocado de los políticos cortesanos, el desmedido poder de la Compañía, y el presunto proyecto del reino del Paraguay.—Expulsada sucesivamente de Portugal, de Francia y de la península,

los gobiernos asediaron al papa Clemente XIV, exigiéndole que dispersara los proscriptos arrojados en grupos á sus pies. El Pontífice cedió, y decretó la abolición del instituto el 16 de Agosto de 1773, seis años después de la expulsión de España y cinco del extrañamiento del Río de la Plata, consumado en el curso de 1768.

II

Aquella traspiración del siglo XVIII, en la inerte sociedad española, imprimió á su obra el sello de la imprevisión más insensata.—Es inútil, señores, que yo recuerde aquí los méritos contraídos por la Compañía de Jesús en el Nuevo Mundo. Desde la California hasta las costas magallánicas, las tribus salvajes se plegaban bajo el influjo de su palabra, é ingresaban en la fe, incorporándose á los dominios europeos.

La conquista se hizo suave, moderada por su intervención; y llegó á ser inútil, prevenida por su celo, y superada en éxito por la eficacia de sus predicaciones. Sus pueblos fueron mansos y pacíficos, mientras que el poder español vacilaba siempre que los gobiernos, sordos á la elocuente experiencia, preferían la fuerza á la palabra, y el maloquero al sacerdote, para extenderlo, provocando brutales reacciones de parte de los salvajes.

Juntamente difundían hábitos de estudio en las poblaciones y dirigían universidades y cole-

gios, reflejando sobre las colonias los atractivos del progreso intelectual y el amor de los nobles placeres del espíritu.

Viajeros infatigables abrían sin cesar á las ciencias, campo para sus exploraciones.

La geografía, la lingüística, la botánica y la historia les deben en América sus primeros rudimentos, incontrovertible blasón que hace glorioso su nombre en los anales de nuestra civilización.

El mismo instituto, que iba á pasmar la corte del celeste imperio con las matemáticas sublimes, y á arrancar al Africa sus antiquísimos misterios, venía al Nuevo Mundo, á recoger sonido por sonido, sin auxilio en la gramática maquinal de los salvajes, los elementos de centenares de lenguas, cuya estructura formulaba reduciéndolas á principios científicos: examinaba la flora del Paraguay, levantaba sobre la observación su materia médica, y entraba, en las espesuras del Gran Chaco, para destellar entre sus bosques seculares la ciencia, la civilización y la fe.

Limitémonos, al Río de la Plata, señores; eso nos bastará para encontrarlo admirable en su tesón, y glorioso en la abundancia y trascendencia de sus propósitos.

Los jesuitas, en efecto, penetran en la Patagonia por la cordillera chilena, desde el último tercio del siglo XVII; y la fábula de los Césares, incentivo de subsiguientes expediciones, tuvo en el padre Mascardi uno de sus más ardorosos investi-

gadores, atraído á la empresa por el celo de propagandista, que coronó con el martirio ⁽¹⁾. Strobel, Cardiel y Quiroga, reconocieron en 1745 las costas meridionales de la Patagonia, y bajaron hasta la bahía de San Julián, rectificando universales errores geográficos ⁽²⁾. Apóstol y explorador á la vez, el padre José Cardiel, excitando el entusiasmo de algunos de los valientes soldados que los acompañaban, separábase de la costa, mientras el padre Quiroga se entregaba con perseverancia á sus trabajos científicos, y precedido por sus compañeros en las sendas fáciles, empuñaba la cruz; y caminaba el primero, cuando asomaba la inquieta esperanza de encontrarse en medio de los bárbaros, cuya talla gigantesca, abultada por el delirio de los contemporáneos, no consiguió contemplar de cerca, malgrado de su enérgica voluntad.

Impotente para resignarse al fracaso de sus ilusiones apostólicas, lanzábase dos años después por tierra en busca de las tribus patagónicas, llegando hasta el arroyo de la Asunción, setenta leguas al sud de la Sierra del Volcán ⁽³⁾. Continuaba Falkner en 1760 ⁽⁴⁾, la gloriosa empresa, reconociendo las costas del océano hasta el Cabo de Hornos, visitando la Tierra del Fuego y las

(1) Véase las *Memorias sobre expediciones á los Césares*, en la *Colección Angelis*.

(2) El *Diario* de este viaje redactado por el padre Lozano, en la misma *Colección*.

(3) *Colección Angelis*; tomo 2.º.

(4) *Id. id. id.* 5.º.

próximas islas de Malvinas, para estudiar la topografía, las costumbres y las lenguas con la asiduidad que llevaba á sus hermanos por todas las comarcas de América, donde quisiera, señores, poder seguirlos á través de sus sacrificios, de sus victorias y de sus desaciertos.

Ellos señoreaban con sus Misiones de Moxos y Chiquitos, los términos del Alto y Bajo Perú ⁽¹⁾, (colindando con Santa Cruz de la Sierra) y en su inalterable propósito de abrirles una vía fluvial, que las comunicara con la República guaraní, multiplicaban sus exploraciones y ensayos de navegación por el Pilcomayo y el Alto Paraguay, en las cuales jamás descuidaban la oportunidad de pacificar las tribus ribereñas, y sembrar, como sembraban donde quiera que pusieran el pie, la semilla bendita, floreciente en el alma de sus neófitos.

En las aulas jesuíticas de Córdoba, se educó Muriel, el continuador de la *Historia* de Charlevoix; Peramás, el apologista filosófico de la constitución de Misiones; Iturri, el refutador de Muñoz, que bajó al lado de Perteny, á romper lanzas en controversia apasionada, contra los plagiarios

(1) *Breve noticia del venerable padre Agustín de Castañares*, por el P. Juan de Montenegro.—*Viaje emprendido en 1703 para buscar una comunicación entre las Misiones del Paraguay y las de Chiquitos*.—M. S. *Memoria* sobre el mismo viaje redactada por el P. José de Arce por orden del provincial Lauro Núñez.—M. S. *Breve relación del viaje que hicieron dos padres de la Compañía de Jesús por el río Paraguay arriba, á las Misiones de los Chiquitos el año de 1715*.—M. S. Estos tres manuscritos pertenecen al archivo particular del doctor Lamas.

de Paw, detractores sistemáticos del Nuevo Mundo, de su clima y de sus razas.

Nadie lamenta más sinceramente que yo la dirección estéril impresa á los estudios de la famosa Universidad y del colegio de Monserrat, porque siento con evidencia absoluta, en la estrechez de miras de aquella generación, su inercia intelectual, que no podía ser modificada con una enseñanza que sometía el espíritu á la escolástica y no infiltraba en el pueblo las más leves nociones de derecho social; pero no se me oculta que esos establecimientos fueron el baluarte exclusivo de la ilustración colonial, la cuna miserable en que se meció la inteligencia argentina en los tiempos de su infancia obscura, y esto basta para que la gratitud de mis contemporáneos recaiga sin avaricia sobre el recuerdo de la Compañía.

No era suya la culpa de sus deficiencias: lo era de su tiempo: lo era de un gobierno retrógrado, contra cuyo espíritu introducía la ciencia y medios de propagarla, implantando el arte tipográfico, que no entró en Buenos Aires hasta fines del siglo XVIII, en la administración progresista y patriota del general Vertiz.

Cuando los argos españoles vigilaban nuestros puertos, temerosos de que un llamamiento á la dignidad, una luz tentadora, un resplandor, en fin, de la verdad que aborrecían, entrara envuelto en las páginas de un libro, eran los jesuitas los únicos que violaban aquellas leyes estúpidas, y formaban copiosas bibliotecas aun en sus pobres reducciones de indígenas.